EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

AL BORDE DEL ABISMO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

DE

DON SALVADOR MARÍA GRANÉS

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1874

AL BORDE DEL ABISMO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

DE

DON SALVADOR MARÍA GRANÉS

Representada con gran éxito en el TEATRO ESLAVA de Madrid el 20 de Diciembre de 1872.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1874

PERSONAJES	ACTORES	
MARÍA..............................	Srta.	Vedia.
EL CONDE..........................	Sres.	Mariscal.
FIDEL..............................	»	Mesejo.

La acción en un pueblo de la montaña de Cataluña.—Época actual.

ACTO ÚNICO

Gabinete elegante, pero no lujoso. Puerta al foro y laterales. Á la izquierda, en primer término, un velador con recado de escribir sin salvadera, un timbre y cigarrera con cigarros. Cordón de campanilla. Chimenea francesa y sobre ella un cofrecito que contendrá los objetos que marca el diálogo.

ESCENA PRIMERA

FIDEL, arreglando una maleta.

Bien; ya metí en la maleta
el equipaje preciso
para un viaje; una corbata,
un peine, un cuello postizo,
y por exceso de lujo
dos pares de calzoncillos.
¡Qué hombre tan raro es mi amo!
¡Siendo joven, Conde y rico
y habiendo vivido en Londres,
hace diez años se vino
á habitar este villorrio
tan feo! ¡Vaya un capricho!
¡Pues y el de hacerse traer
un carricoche ridículo

que tiene toda la caja
sembrada de agujeritos!
¡Y el de comprar un caballo
sesentón y medio tísico
con una tos tan continua,
que al ver al animalito
me dan ganas de ofrecerle
pastillas de malvabisco!
¡Pobre amo mío! Se aburre
y le consume el fastidio;
y es que allí, en *Ingalaterra*
adquirió ese mal maldito
que llaman...: el *espolín*...
ó un nombre así parecido.
¡Aquí está!

ESCENA II

FIDEL y el CONDE. Avanza lentamente sumido en sus reflexiones. Luégo, levantando el rostro pálido é impasible, exclama:

CONDE. ¡Todo va bien,
muy bien!
FIDEL. (¡Qué aire tan sombrío!)
CONDE. Hoy me siento muy alegre.
FIDEL. (Lo disimula muchísimo.)
CONDE. Fidel, esta misma tarde (Sentándose al velador.)
quiero ponerme en camino.
Voy á ajustarte la cuenta.
FIDEL. ¿No me lleva usted consigo?
CONDE. ¡Llevarte en mi compañía!... (Riendo.)
Cuando tú sepas el sitio (Muy serio.)
adonde voy...
FIDEL. Para mí,
señor, todos son lo mismo.
CONDE. ¿Vienes, pues?
FIDEL. Sí tal.
CONDE. Corriente.
Partiremos á las cinco;
tú guiarás la berlina.

FIDEL. ¿La de los agujeritos?
CONDE. Sí; tomarás el atajo.
FIDEL. ¿El que lleva al mar?
CONDE. El mismo.
FIDEL. ¿Y luégo?
CONDE. Seguido todo.
FIDEL. ¿Y luégo?
CONDE. Siempre seguido.
FIDEL. Bien. Llegamos á la peña
que domina el precipicio
sobre el mar... ¡un admirable
punto de vista!
CONDE. ¡Magnífico!
FIDEL. Y una vez allí torcemos...
CONDE. No, no torcemos; seguimos
todo derecho.
FIDEL. ¡Gran Dios!
CONDE. Y nos hacemos añicos.
FIDEL. ¡Misericordia! ¡Socorro!
¡Yo voy á buscar un cívico!
CONDE. ¿Te asusta el salto? ¡Cobarde!
FIDEL. ¿Qué motivos, señorito,
tiene usted para matarse?
CONDE. ¡Imbécil! ¿y qué motivos
tienes tú para vivir?
FIDEL. Yo no lo sé á punto fijo;
pero desde que nací
me he acostumbrado á estar vivo;
y al perder esa costumbre
haría un gran sacrificio.
CONDE. ¡Oh! ¡Sí la vida es tan bella!
¡tiene tantos atractivos!...
Levantarse, bostezar,
ver el sol, comer cocido,
afeitarse, si es que no
nos afeita algún amigo,
pidiéndonos cinco duros
que no nos paga el muy pillo.
Ver mujeres revocadas
igual que los edificios,
pasearse, oir comedias
de argumentos siempre insípidos,

irse á la cama, roncar...
y al otro día lo mismo.
¡Eso es hermoso! ¡Sublime!...
¡Extrasuperior! ¡Magnífico!

FIDEL. Pero hay, señor, en la vida,
goces que no son tan frívolos.

CONDE. ¿Cuáles?

FIDEL. Los goces del alma:
consolar al afligido,
inspirar la gratitud
repartiendo beneficios.

CONDE. Sí, ¿eh?

FIDEL. Si usted, por ejemplo,
me regalase ahora mismo
quinientos reales... ó mil ..

CONDE. ¿Qué harías?

FIDEL. Ir en dos brincos
por Rita, á la que su tía
quiere casar con el pícaro
de Andrés, ese posadero
dueño del mesón vecino.

CONDE. ¿El del Caracol?

FIDEL. Cabal.

CONDE. ¿Y qué harías, conseguido
el ver á Rita?

FIDEL. Casarme.

CONDE. ¡Lo esperaba! ¡El egoísmo,
la ingratitud! ¡Siempre igual!
—Dame un cigarro.

FIDEL. ¡Y bien rico!
(Saca uno de la cigarrera que hay en la mesa)

CONDE. Escucha. Hace nueve años (Lo enciende.)
iba yo por San Feliu,
de caza, con mi escopeta.
De pronto siento un gran ruído,
me vuelvo y veo un carruaje,
al que con furioso ímpetu
el caballo desbocado
iba á arrojar á un abismo.
Ante aquel riesgo inminente
ni un sólo instante vacilo,
preparo bien mi escopeta,

apunto al caballo y tiro.
El animal cayó muerto,
y así salvé del peligro
á los que iban en el coche:
un señor de aspecto altivo
y una encantadora niña
de unos seis años.

FIDEL. ¡Bravísimo!
¿Aquel caballero entonces
se arrojaría de fijo
al cuello de usted?

CONDE. Sí tal.
Justamente es lo que hizo;
se arrojó á mi cuello.

FIDEL. Bien.

CONDE. Para ahogarme.

FIDEL. ¡Habrá genízaro!

CONDE. Y me demandó ante un juez,
que me sentenció en el juicio
á abonarle diez mil reales
por los daños y perjuicios.

FIDEL. ¡Qué bruto!

CONDE. En cambio la niña
me echó al cuello sus bracitos
y me ofreció la muñeca
conque jugaba.

FIDEL. ¡Magnífico!

CONDE. Aún conservo aquel juguete
en recuerdo del indigno
proceder de su papá.
Aprende, y haz beneficios.

FIDEL. Es verdad: el otro día
por sujetar á un gatito
que iba á caerse en un pozo,
me arañó y me dió un mordisco.

CONDE. Pues esa es la humanidad;
créeme y vente hoy conmigo.

FIDEL. ¿Al otro mundo?

CONDE. Sí, piénsalo.
Voy á echarme hasta las cinco.
Despiértame cuando den,
y á ver si te has decidido.

FIDEL. (¡Lo dudo!)
CONDE. ¡Ah! se me olvidaba.
Si hoy conmigo das el brinco,
te lego esta casa.
FIDEL. ¡Qué oigo!
CONDE. Con sus muebles y utensilios,
para tí y tus herederos
y sucesores legítimos. (Vase.)

ESCENA III

FIDEL

Él su casa me traspasa
si al mar me arrojo á su lado.
Y después de haberme ahogado,
¿para qué quiero yo casa?
¡Ahogarme! Le seguiré
lo mismo que un perro dogo
y haré como que me ahogo;
pero... ¡quiá! ¡No me ahogaré!
¿Dar yo tal gusto al que impide
mi boda con Rita? ¡Un cuerno!
(Dirigiéndose hacia al balcón y como hablando á alguien.)
Seré tu rival eterno,
no esperes que me suicide.
—Dice Ovidio que es brutal
el recurrir al suicidio,
y si no lo ha dicho Ovidio,
lo digo yo, que es igual.
MARIA. ¡Eh! ¡Buen hombre! (Dentro.)
FIDEL. ¿Es á mí?
MARIA. Sí.
FIDEL. ¿Qué ocurre, cara de sol?
MARIA. ¿El mesón del Caracol,
está muy lejos de aquí?
FIDEL. (¡Hola! ¡Va al mesón de Andrés!
¡Si le pudiera birlar
la parroquiana!...)
MARIA. ¿Hay que andar
mucho?

FIDEL. No tal; aquí es.
(Retirándose del balcón.)
Tal vez haga mal en esto;
pero así un huésped le quito
á ese hostelero maldito,
á ese rival que detesto.
¿Pero y mi amo? ¡Canario!
¡Bah! ¡Duerme y no la verá!
Además, yo aqui soy ya
casi, casi, el propietario.

ESCENA IV

FIDEL y MARÍA

MARIA. (Trae un cabás colgado del brazo.)
¡Ya dejé la soledad
del convento!
FIDEL. ¡Chist! ¡Más bajo!
MARIA. ¡Muera el orden y el trabajo!
FIDEL. ¡Chist!
MARIA. ¡Viva la libertad!
FIDEL. (Si el amo con tanto grito
despierta, va á haber función.)
MARIA. Es muy bonito el mesón;
¿no es verdad?
FIDEL. (Hablando siempre muy bajo.)
Sí, muy bonito.
MARIA. En vano estuve mirando,
porque aquí nada demuestra
que esto es mesón. ¿Y la muestra,
dónde está?
FIDEL. La están pintando.
MARIA. ¡Uf! ¡Qué frío! Eche usté un tronco.
FIDEL. Haré astillas de esa tabla.
(Fidel arregla la chimenea.)
MARIA. (¡Caramba, qué bajo habla!
Eso será que está ronco.)
¡Ah! Diga usted, ¿ha venido
hoy un joven?
FIDEL. (¡Me la olí!)
¿Guapo?

MARIA. Sí.
FIDEL. ¿Buen mozo?
MARIA. Sí.
FIDEL ¿Decidor?
MARIA. Sí.
FIDEL. ¿Bien vestido?
MARIA. Sí.
FIDEL. ¿De facciones risueñas?
MARIA Sí.
FIDEL. ¿De mirada atrevida?
MARIA. Sí.
FIDEL. Pues no he visto en mi vida
á ninguno de esas señas.
MARIA. Pronto vendrá por aquí
ese joven que yo aguardo.
Él se llama don Ricardo,
y preguntará por mí.
FIDEL. (¡Demonio! ¡Hará que me alarme!)
Y el tal joven, es obvio,
de fijo será...
MARIA. Mi novio.
FIDEL. ¿Y á qué viene?
MARIA. ¿Á qué? Á robarme.
FIDEL. (¡Y lo dice la inocente!)
MARIA. Es mi futuro.
FIDEL. ¡Ay! Auguro
que por mirar al futuro,
arriesga usted el presente.
MARIA. El pobre no pierde ripio;
mas viene con buen fin.
FIDEL. ¡Ya!
Con buen fin sí que vendrá,
pero no con buen principio.
MARIA. Me dió su retrato al óleo.
Es estudiante de leyes.
Llama mónstruos á los reyes
y es redactor del *Petróleo.*
Afirma que la mujer
es libre, y me lo probó
citándome á un tal Rusó (1),

(1) Están escritos los nombres como se pronuncian.

y además á un tal Voltér.
María, me dijo un día,
deja ese convento y vente;
si tú eres un sér consciente
recobra tu autonomía.
Y en lenguaje peregrino
me habló del *yo* y del *no yo*.

FIDEL. Pues ya que del noyó habló,
debió hablar del marrasquino.

MARIA. Me dió cita en la posada
del Caracol, y yo aquí
le espero.

FIDEL. ¿Conque aquí?

MARIA. Sí.

FIDEL. (Pues espérale sentada).

MARIA. En cuanto acuda al reclamo,
dígale que aquí estoy yo,
señor posadero.

FIDEL. No,
el posadero es mi amo.
(Recoge algunos efectos de ella y los pasa á la habitación de la derecha, donde la indica que entre.)
Pase usté á ese gabinete.

MARIA. Estoy bien.

FIDEL. No, pase usté.
(Si el amo sale y la vé,
la chica me compromete.)

MARIA. Me quedo aquí.

FIDEL. (¡Pues yo emigro!)
No haga usted ruido.

MARIA. ¿Qué pasa?
¿Hay algún enfermo en casa?

FIDEL Uno... ¡de mucho peligro!

MARIA. ¿Sí?

FIDEL. Tal su angustia le abate,
que á él en vano me consagro.
Como Dios no haga un milagro,
hoy mismo lía el petate. (Vase.)

ESCENA V

MARIA

¡Respiro al fin! ¡Ya soy libre!
No tengo quien me regañe.
Ya no veré aquellos cláustros
que temblar de miedo hacen,
ni á la madre superiora
con su cara de vinagre.
Que me llamen ahora niña,
cuando me atreví á escaparme
del colegio, y tengo ya
lo que envidian muchas grandes ..
un novio, que para ser
mi marido, va á robarme
como pasa en las novelas
de Fernández y González.
¡Sin embargo, estoy inquieta!
¿Qué dirá de mí sor Carmen
cuando le cuenten mi fuga?
Yo debiera disculparme,
escribirla... Voy á hacerlo.
(Se sienta y habla mientras escribe.)
Le referiré detalles
de mi pasión por Ricardo...
que le conocí durante
las últimas vacaciones...
que me pidió el sí en el baile...
y que al compás de una polka
nos juramos fé constante.
(Acabando de escribir.)
Todo se lo cuento aquí.
Vamos, no podrá quejarse
de mi carta; no hay en ella
ni una falta de sintaxis.
(Buscando la salvadera.)
¿Dónde está la salvadera?
(Llama en la campanilla de la escribanía.)
¿Nadie responde? ¿No hay nadie?

ESCENA VI

MARÍA, el CONDE y luégo FIDEL

CONDE. ¿Quién repiquetea así
y se atreve á despertarme?
MARIA. (Éste será el posadero.)
Dos horas llevo llamándole.
CONDE. ¿Eh?
MARIA. ¿Está usted sordo?
CONDE. ¡Al contrario!
(Tirando del cordón de la campanilla.)
MARIA. ¿Qué hace usted?
CONDE. Lo que usted antes.
FIDEL. (Saliendo.) ¿Qué manera de llamar
es esa? (¡El amo!)
CONDE. ¡Tunante!
Llamo como me acomoda.
FIDEL. (¡Adivino una catástrofe!)
MARIA. (Á Fidel.) Tráiga usted la salvadera.
CONDE. (Aparte á Fidel.)
¿Quién es esa joven?
FIDEL. ¡Diantre!
Una joven que ha creido
que aquí damos hospedaje..
CONDE. ¿Qué está escribiendo?
FIDEL. Tal vez
sabrá que usted va á matarse...
y le irá á dar una carta
para el otro mundo..
CONDE. Lárgate.
(Dándole un puntapié.)
FIDEL. ¡Ay! (Me voy, que ellos se entiendan;
la tormenta va acercándose;
el puntapié fué el relámpago
y el trueno vendrá mas tarde.)

ESCENA VII

EL CONDE y MARÍA

Ésta sin reparar en el Conde repasa la carta; él se va acercando de puntillas colocándose á su espalda.

MARIA. Mientras se seca lo escrito
pondré el sobre.
CONDE. (Leyendo á hurtadillas la carta.)
(¡Calle! ¡Calle!
Ama á un don Ricardo, y dice
que con él quiere fugarse.
Hé aquí el fruto pernicioso
de esas novelas morales,
que á cuatro cuartos la entrega
se meten por todas partes.)
MARIA. ¡Ajá! Cerremos la carta. (Repara en el Conde.)
¡Calla! ¿Está usted espiándome?
CONDE. Me entero, hermosa María,
de su nombre interesante.
MARIA. Curioso es el posadero.
CONDE. ¿Quién, yo?
MARIA. Sí.
CONDE. ¡Qué disparate!
MARIA. ¿Pues no es esta la posada
del Caracol?
CONDE. Si no es frágil
mi memoria, esta es mi casa.
MARIA. ¿Y usted?...
CONDE. El conde del Valle.
MARIA. ¡Qué oigo! ¿Luego su criado
me engañó?
CONDE. Es más que probable;
yo soy su amo, y le pago
y me engaña á cada instante.
MARIA. En tal caso ruego á usted
que se sirva dispensarme...
CONDE. ¿Se va usted?
MARIA. En la posada
deben estar ya aguardándome

CONDE. ¿Don Ricardo?
MARIA. Si no acudo
la impaciencia va á matarle.
CONDE. ¿La impaciencia?
MARIA. Y el amor.
CONDE. De amor no se muere nadie,
á menos que se complique
con una tisis ó un cáncer.
MARIA. ¡Mal juzga usted á los hombres!
CONDE. Todos son unos tunantes.

ESCENA VIII

DICHOS y FIDEL, con salvadera.

FIDEL. Aquí está la salvadera.
CONDE. (Va usted á ver cuán villano
es el corazón humano.)
MARIA. (¿Cómo?)
CONDE. (Atienda usted.) (Á Fidel.) Espera.
Oye, y habla francamente,
¿quieres á Rita?
FIDEL. Sí tal,
la amo... como un animal,
mejorando lo presente,
Mataría hasta mi hermano
por dar á su amor tributo.
CONDE. Bien, Fidel, eres un Bruto...
hablo del héroe romano.
MARIA. Eso es amor grande y puro.
FIDEL. Sólo ella mi dicha labra.
¡La idolatro!
MARIA. ¡Esa palabra
es sublime! Toma un duro.
(Al ir á dárselo, el Conde se lo coge y lo pone sobre el velador.)
FIDEL. ¡Gracias!
CONDE. Aguarda y contesta.
¿A cuántas juraste amor
antes que á Rita?
FIDEL. Señor,
creo que Rita es la sexta.

MARIA. ¡Jesús!
FIDEL. Mas Rita contrasta
con todas y me conviene
CONDE. Pero es pobre, nada tiene...
FIDEL. Tiene mi amor y le basta.
CONDE. La olvidarás, de seguro.
FIDEL. ¿Olvidarlo yo? Primero
perecerá el mundo entero.
MARIA. Bien, Fidel, toma otro duro.
FIDEL. ¡Gracias! (El mismo juego de antes.)
CONDE. Aguarda, no hay prisa.
MARIA. ¿Qué hace usté?
FIDEL. (¡Estoy en un potro!)
CONDE. Juntar este duro al otro.
(Poniéndole sobre el velador.)
FIDEL. (¿Por qué me los decomisa?)
MARIA. ¡Y aún dirá usté que el amor
no es un firme sentimiento!
CONDE. (Espere usted un momento:
ahora viene lo mejor.)
(A Fidel.) ¿Tú has visto á doña Paz Céspedes?
FIDEL. ¿Esa vieja pitarrosa?...
CONDE. Sí: va á poner en Tortosa
una gran casa de huéspedes.
Yo, por si tu bien consigo
voy á darle un capital
de mil duros.
FIDEL. ¡Mil!
CONDE. Con tal
de que se case contigo.
FIDEL. ¡El llanto inunda mi faz!
¿Qué delito cometí,
para que usted quiera así
casarme con doña Paz?
CONDE. Te ofrezco en compensación
que esos mil duros manejes.
FIDEL. (¡Santo cielo. No me dejes
caer en la tentación!)
CONDE. (Vacila.) Sólo una cosa
mi plan imposibilita,
y es que quieras tanto á Rita.
MARIA. Como que va á ser su esposa.

FIDEL. Ciertamente que la quiero;
pero también es muy justo
que á mi amo le dé gusto,
y no sé quién es primero,
Puesta doña Paz, quizás,
en un platillo del peso
y en otro Rita, confieso
que ésta pesaría más.
Pero si bien se medita
y á doña Paz echo un haz
de mil duros, doña Paz
pesa entonces más que Rita.
CONDE. (A María.) Saque usted la moraleja
MARIA. ¡Fidel, tu porte es indigno!
FIDEL. Sí señora; me resigno
á casarme con la vieja.
MARIA. ¿Y Rita?
FIDEL. Es mi dicha toda;
pero renuncio á su amor,
aunque me mate el dolor.
(Transición.) ¿Y cuándo va á ser la boda?
CONDE. ¡Nunca! Fué un ardid.
FIDEL. Yo quiero
(Haciendo pucheros para llorar.)
mis duros. (Yendo á cogerlos.)
CONDE. (Devolviendo á María las monedas.)
¡Quita, tunante!
Tome usted, y en adelante
mire á quién da su dinero.
FIDEL. (¡Esto es atróz! ¡Inmoral!
¡Ni un maravedí me ha vuelto!
¡Ahora sí que estoy resuelto!
Hoy canto el rondó final.) (Vase.)

ESCENA IX

CONDE y MARIA

CONDE. ¿Está usted ya convencida?
MARÍA. ¡Fidel es un hombre tosco!
Ricardo no hará eso nunca.
CONDE. ¿Nunca?

MARÍA. Desde que es mi novio
ha cortado relaciones
con esos jóvenes locos
que entre las mujeres fáciles
buscan el amor tan sólo.
Ya le habían presentado
á una tal Celia, un pimpollo
del teatro de los Bufos,
á quien daba en su periódico
mucho bombo.

CONDE. Sí, á esa chica
le gusta mucho que le den bombo.

MARÍA. ¿La conoce usted?

CONDE. Ahi guardo
alguno de sus autógrafos.
(Abriendo un cofrecito que hay sobre la chimenea.)

MARÍA. No extraño...

CONDE. (Sacando una carta.)
Hé aquí su letra
«Mi bien, sabes que te adoro
y que cuanto tengo es tuyo.
Ya soy partiquina, y pronto
seré prima donna; ¡ven
si quieres ser primo donno!
—Celia Fuenfría.»

MARÍA. ¡Qué gentes!
Así es como esos demonios
pervierten hasta á los ángeles..

CONDE. ¿Entre los cuales, supongo
que cuenta usted á Ricardo?

MARÍA Como que Ricardo Orozco
es incapáz de engañarme.

CONDE. Apuesto diez contra ocho
á que la engaña.

MARÍA. ¡Imposible!
Juró amarme y de él respondo.

CONDE. ¡Simpleza!

MARÍA. ¡Es usted terrible!

CONDE. No, señora; soy filósofo.

MARÍA. ¡Oh! ¡Calle usted, Mefistófeles!
me voy por no oirle. (Corro
en busca de mi cabás

y huyo: ¡este hombre es peligroso!)
(Entra en la habitación donde Fidel dejó antes el cabás.)

ESCENA X

CONDE y luégo FIDEL

CONDE. ¡Qué sencilla y qué inocente!
¡Es un corazón de oro!
Así la engañan mejor.
—Si por un medio ingenioso
pudiera yo disuadirla
de su fuga con el otro...
La prueba es segura. Envío
la carta de Celia al novio...
(Metiéndola en un sobre y escribiendo en él.)
Por dicha, no tiene fecha. (Campanilla.)
Parecerá escrita hoy.—Pronto...
(Aparece Fidel.)
vas á llevar esta carta
donde dice el sobre.
FIDEL. (Leyéndolo.) ¿Cómo?
¿Al mesón del Caracol?
CONDE. Busca á don Ricardo Orozco
y pídele una respuesta
por escrito. ¡Trota!
FIDEL. ¡Troto!
CONDE. No le digas quién te envía.
FIDEL. (De paso haré otro negocio.
Veré á Rita, y si me quiere
y me acepta por esposo,
le digo abur á mi amo,
y que él se descrisme solo.)

ESCENA XI

CONDE y MARÍA

MARIA. (Que ha salido durante las últimas palabras de Fidel.)
¿Le ha escrito usted á Ricardo?

CONDE. No; le he mandado el autógrafo
de Celia. Si es á usted fiel,
vamos á verlo muy pronto.
MARIA. El saldrá bien de la prueba.
CONDE. ¡Cumpla el cielo ese pronóstico!
MARIA. ¡Pero si fuera capáz
de engañarme! ¡Dios piadoso!
CONDE. (¡Pobre niña! ¡Me da lástima!
He obrado mal, lo conozco.)
MARIA. Diga usted, ¿esa tal Celia,
de quien oí mil elogios,
es más bonita que yo?
CONDE. ¡Qué ha de ser! De ningún modo.
¿Cómo ha de igualarse á usted,
ni en la pureza del rostro,
ni en la hermosura del alma,
ni en la expresión de los ojos?
MARIA. Sin embargo, esas mujeres
tienen, según dicen todos,
un imán irresistible
para atraer...
CONDE. Sí, á los tontos.
MARIA. ¡Ay! ¿Por qué usted con la duda
ha turbado mi reposo?
¡La esperanza era mi única
dicha, mi consuelo solo!
No tengo padre ni madre;
el que debió ser mi apoyo,
mi tutor, abandonada
me deja en un cláustro lóbrego,
en tanto que mi fortuna
gasta y derrocha á su antòjo.
El cariño de Ricardo
era mi único tesoro
y usted me lo roba, y cifra
en mi martirio su gozo.
CONDE. No: Ricardo la ama á usted.
MARIA. ¿De veras?
CONDE. He sido un loco
en dudarlo. El que engañara
á un ángel sería un mònstruo.
MARIA. ¡Gracias!

CONDE. Aquí está Fidel.
MARIA. (¡De emoción tiemblo y me ahogo!)

ESCENA XII

DICHOS y FIDEL

FIDEL. ¡Inícua! ¡Prefiere á Andrés,
y dice que es mejor mozo!
CONDE. ¿Y la respuesta?
FIDEL. (Dándole una carta.)
Aquí está. (Vase Fidel.)
CONDE. Usted por sus propios ojos
debe leerla.
MARIA. No, usted.
CONDE. (Leyendo para sí.)
«¡Celia del alma! Te adoro
y en ser tu amante, tu esclavo,
mi mayor ventura logro.»
(Lo que yo esperaba.)
MARIA. Y bien.
CONDE. El contenido es lacónico.
MARIA. Lea usted.
CONDE. «Hermosa Celia,
no me guarde usted encono
si no acepto su cariño
y á sus plantas no me postro...»
MARIA. (Con alegría.)
¡Lo que yo dije!
CONDE (¡Infelíz!)
«Amo á otra mujer.»
MARIA. ¡Oh, gozo!
Esa soy yo.
CONDE. Sí.—«A un ángel,
y he jurado ser su esposo.
Vea usted en mí un amigo,
y no más.—Ricardo Orozco.»
MARIA. ¡Si no podia engañarme!
Esa carta es mi tesoro.
¡Démela usted! (Se la quita.)
CONDE. ¡Ah!
MARIA. (Fijándose en la carta.) ¡Dios mío!

¡Qué leo! ¡Esto es horroroso!
¡Fingió usted el contenido!
¡Todos me engañaban, todos!

CONDE. ¡María!

MARIA. ¡Déjeme usted!
¡Los hombres son unos mónstruos!

FIDEL. Y las mujeres lo mismo. (Saliendo.)
¿Engancho?

CONDE. ¡Vete al demonio!

FIDEL. Es que á mí me corre prisa.
Rita me engaña por otro,
y si usted va á dar el salto
le doy yo y punto redondo. (Vase.)

ESCENA XIII

MARÍA y el CONDE

MARIA. Ahora, adiós, señor Conde.

CONDE. ¿Dónde va usted así?

MARIA. Yo no sé dónde.

CONDE. ¿Quién, si se ausenta, le dará consuelo?

MARIA. ¿Quién aquí mi dolor calmar podria?

CONDE. ¡En el nombre del cielo hablarla anhelo!

MARIA. ¿Qué puede hacer el cielo
en una situación como la mía?

CONDE. Pues dar á usted paz, ventura, calma;
y en cambio de ese amor que fué un capricho,
de verdadero amor llenar su alma.

MARIA. No hay amor verdadero: usted lo ha dicho.

CONDE. ¡María! Yo también un largo viaje
voy á emprender.

MARIA. ¿Á algún país lejano?

CONDE. ¡Tan lejano, hija mía,
que de allí nadie ha vuelto todavía!
¿Conoce usted el pico de la peña
de los Desesperados?

MARIA. Sobre el mar pocos hay tan elevados.
Me asustaban con él siendo pequeña

CONDE. Pues de esa peña hoy mismo
yo me voy á arrojar en el abismo.

MARIA. ¿Para qué?

CONDE. Para ahogarme simplemente.
MARIA. ¿En serio?
CONDE. No, en berlina;
me han traído una *ad hoc* que es excelente,
y para tirar de ella expresamente
he comprado una especie de sardina,
un caballo con muermo y lamparones
y que está como yo, sin ilusiones.
Fidel viene conmigo.
MARIA. ¡Pobre muchacho!
CONDE. Y viene muy contento.
MARIA. ¿Sabe usted lo que digo?
Que en su berlina quiero yo un asiento.
CONDE. ¿Para usted? ¡Qué locura!
MARIA. Deseo ver el fin de esa aventura.
CONDE. ¡Pobre niña!
MARIA. Su plan no altero en nada.
¿Morir quieren ustedes? Yo lo mismo.
Juntos emprenderemos la jornada;
y en llegando al abismo,
cuando usted se hunda, yo me hundo.
¡Que haya un cadáver más qué importa al
[mundo!
(Con entonación cómicamente trájica.)

ESCENA XIV

DICHOS y FIDEL

FIDEL. Señor.
CONDE. ¿Qué?
FIDEL. Vengo loco de alegría.
Andrés el posadero,
aseguró que Rita le quería,
pero es un embustero.
Usted dirá que á mi palabra falto,
mas renuncio á la plaza de cochero;
el hijo de mi madre no da el salto.
CONDE. Ve á enganchar al instante.
FIDEL. ¿Y luégo?
CONDE. Subirás en el pescante.
FIDEL. ¿Y luégo?

CONDE. Te ahogarás.
FIDEL. ¡De ningún modo!
CONDE. ¡Te ahogarás! Te he tomado para todo.
(Vase Fidel como asustado por el tono brusco de su amo. Al llegar á la puerta se da una palmada en la frente y desaparece haciendo un gesto de satisfacción.)

ESCENA XV

EL CONDE y MARÍA

MARIA. ¿Y es éste el que usted dijo hace un mo-
[mento
que iba á emprender el viaje tan contento?
CONDE. El verse amado excita su egoismo.
¿Quién sabe si al hallarse en igual caso
haría usted lo mismo?
MARIA. Como no he de llegar por él no paso.
CONDE. Con su encanto el amor aún la convida.
¡Está usté en el prefacio de la vida!
MARIA. Un párrafo he leído, sólo uno,
y cierro el libro sin pesar ninguno.
CONDE. ¿Se halla usted decidida?
MARIA. Al perder la existencia, nada pierdo,
y cuanto antes que partamos pido.
CONDE. ¿No deja usté tras sí ningún recuerdo?
MARIA. Lo único que deseo es el olvido.
CONDE. (Se dirige á la chimenea y vuelve con el cofrecito.)
También yo borraría de buen grado
los mentidos recuerdos del pasado.
MARIA. ¿Tan crueles han sido?
CONDE. (Sacando del cofrecito una fotografía.)
¿Ve usted ese retrato
de ojos tan hechiceros?
Es el de una mujer... ¡delirio grato
de mis años primeros!
(Transición cómica.)
Me juró eterno amor, y al poco rato
huyó á marchas forzadas
con cierto capitán de coraceros,
que tenía seis piés y seis pulgadas.

MARIA. La culpa fué de usted. Ella no huyera
con tres pulgadas más que usted tuviera.

CONDE. Pues no se me ocurrió.—Falsas promesas...
perfumados escritos...
pronto os veré trocados en pavesas.
(Echa las cartas al fuego y los demás objetos que ha sacado del cofrecito.)
¡Al fuego! ¡Qué bien arden los malditos!

MARIA. (Sacando también una carta de su bolsillo.)
Que se queme también á fuego lento
la carta de Ricardo. (La quema.)

CONDE. ¿No la ve usted arder con sentimiento?

MARIA. Para él ya sólo indiferencia guardo.
El infierno alimenta sus hornillos
con las cartas que escriben tales pillos.

CONDE. ¡Al fuego, al fuego todo!
(Echando varios papeles y deteniéndose al ir á sacar otro objeto.)
¡Qué iba yo á hacer! ¡No! ¡Tú! ¡De ningún
[modo!
A tí, suerte más digna te deparo.
Tú, caro objeto, más que todos vales.

MARIA. ¿Tan caro es para usted?

CONDE. ¿Que si me es caro?
Como que me costó diez mil reales.
(Sacando una muñeca del cofrecito.)

MARIA. ¡Ah, Dios mío! ¡Qué veo! (Reparando en ella.)
¡Es ella!

CONDE. ¡Cómo!

MARIA. ¡Es ella! ¡Mi Pepita!

CONDE. ¿Conoce usted á esta señorita?

MARIA. ¡Pues no he de conocerla! ¡Ya lo creo!
¿Quién se la dió?

CONDE. Una linda criatura,
hija de un hombre á quien salvé yo un día
de una muerte segura.

MARIA. ¡Ah! ¡Mi padre!

CONDE. ¿Qué dice usted, María?

MARIA. ¿Fué usted quien le salvó del precipicio?

CONDE. Y me costó el dinero tal servicio.

MARIA. Bien le reñí por eso.
En un mes no le quise dar un beso:

lo que has hecho—le dije—es un delito,
y para perdonarte necesito
que obres mejor con ese caballero.
Tus caricias no admito
como no le devuelvas su dinero.
Accedió á mis deseos obediente,
pero le buscó á usted inútilmente.
Díjome entonces: si el pesar te abruma,
aún es posible que la paz recobres.
Ya que no puedo devolver tal suma,
tú la repartirás entre los pobres.
Lo hice así; y aquel día,
le dí un estrecho abrazo en recompensa.
Su emoción fué tan viva, tan intensa,
que lloró de alegría.

CONDE. ¡Niña hechicera!

MARIA. ¡Yo me figuraba
que la limosna que en su nombre hacía,
la ventura de usted aseguraba!
¡Me engañé! ¡Ni la suya, ni la mía!
(Con profundo sentimiento y llevando el pañuelo á sus ojos.)

CONDE. ¿Llora usted? ¡Ah! Esas lágrimas que vierte
puede cambiar nuestra enemiga suerte.
(Todo el siguiente parlamento con mucho fuego, rápido y creciéndole hasta el final.)
El llanto es el rocío
que el alma al cielo implora
en las borrascas del dolor impío.
¡Aún puede ser felíz aquel que llora!
Cuando revuelto el mar, obscuro el cielo,
estalla la tormenta,
y de las nubes el plomizo velo
el frecuente relámpago ensangrienta;
cuando el bravo marino, antes sereno,
siente mortal desmayo,
y oye con inquietud rugir el trueno,
y ve con susto fulgurar el rayo,
y airado el viento zumba
y el abismo á sus piés abre una tumba,
sólo Dios de aplacar tal furia es dueño,
si el cielo al fin sus lágrimas envía

y le vuelve á mostrar la luz del día
un horizonte límpido y risueño.
Pierde el marino entonces sus temores;
y la lluvia en que el sol se transparenta,
es el íris de fulgidos colores
que alegre anuncia el fin de la tormenta.
¡Llore usted! Con el llanto que humedece
sus claros ojos, la esperanza crece.
Dulces serán sus lágrimas. Al verlas
al par del suyo mi pesar se calma.
¡Esas preciosas lágrimas, son perlas
que el dolor fué á buscar dentro del alma!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y FIDEL, con librea y sombrero.

FIDEL. La berlina está enganchada.
¿Es hora de partir ya?
CONDE. María, usted lo dirá. (Pequeña pausa.)
¿No me responde usted nada?
MARIA. Yo...
CONDE. Si usted mi afecto esquiva...
correré á la muerte.
MARIA. ¡No!
Yo le mando vivir. Yo
necesito que usted viva.
—Al colegio hoy volveré.
CONDE. ¿Y puedo con ilusiones
vivir ya?
MARIA (Dando mucha intención á sus palabras.)
En las vacaciones
próximas se lo diré.
CONDE. ¡Oh! ¡Gracias!—Fidel.
FIDEL. Señor.
CONDE. En vez del coche de viaje,
engancha el mejor carruaje
con mi caballo mejor.
FIDEL. ¿Luego usted ha desistido
de dar aquel salto?
CONDE. Sí.

FIDEL. Me alegro. Así como así,
yo me había prevenido.
(Se desabrocha la librea, debajo de la cual lleva un cinturón de vejigas y un paracaídas.)

CONDE. ¿Qué es eso?

FIDEL. Para surcar
el aire, un paracaídas; (Abriéndole.)
y un cinturón salva vidas
para no ahogarme en el mar.

CONDE. ¡Cobarde!

FIDEL. Es una simpleza,
mas con Rita me he de unir.
¡Bah! Entre casarse y morir,
todo es jugar la cabeza.

CONDE. (Marcando bien el final. A María.)
Los tres en la eternidad
buscamos remedio al tedio,
sin mirar que era el remedio
peor que la enfermedad.
Hoy que el amor nos convida
con más venturosa suerte,
tenemos miedo á la muerte
y hermosa hallamos la vida.

MARIA En tan súbita mudanza,
no hay virtud ni hay heroísmo.
Es que al borde del abismo
ha puesto Dios la Esperanza.

FIN

Faltaría á un deber de gratitud si no consignase aquí la maestría admirable conque han desempeñado sus respectivos papeles los tres actores que han tomado parte en esta obra. El Sr. Mariscal, sobre todo, interpretando el dificilísimo carácter del protagonista, ha probado una vez más que es un actor digno de figurar en primera línea entre nuestras más distinguidas celebridades dramáticas.

Reciban todos ellos la expresión de reconocimiento de—*El Autor.*

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 L
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyugales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Torino y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.